

Anita palideció, pero replicó sin vacilar:

— ¡Imposible, Celia, imposible! Te engaña una fatal coincidencia. Él, Enrique, que hace una hora me juraba por su honor... ¡Qué desatino! Vas á convencerte ahora mismo de tu error y á tranquilizarte; yo estoy tranquila, no dudo.

Pero á pesar de su certeza sus manos temblaban al abrir un lujoso *bureau* y sacar de él un retrato que presentó con febril precipitación á Celia, diciendo:

— Mira y convéncete. Este es mi prometido.

Celia miró y su palidez se hizo lívida, sus dientes chocaron impidiéndola hablar.

— Y bien, ¿qué dices? Habla — gritó impaciente.

Celia no pudo contestar, las palabras se ahogaban en su garganta.

— ¿Es él, es él? — preguntó con angustia.

— Sí, mi pobre Anita.

La noble joven quedó extática, inmóvil, helada, como si por un instante la sangre hubiera dejado de circular por sus venas. Sus pupilas se cristalizaron y sus yertas manos chocaron en convulsivo temblor.

Celia tuvo miedo de que durara aquel estado cataleptico, y estrechándola entre sus brazos devolvió á fuerza de besos el color á aquel rostro de mármol, mientras decía:

— Anita, Anita mía, no me desprecies tú también, no me maldigas.

— A ti, no — dijo con voz ahogada, luchando por dominar su violenta emoción; — tú has sido la víctima. A

él, que mentía al jurarme como te mintió á ti antes, á él sí. Pero no creas que yo me contentaré con llorar y gemir como tú, no. Juro vengarte y dejarle memoria de mí.

— ¿Qué vas á hacer?

— No lo sé, el golpe ha sido demasiado rudo para que pueda pensar. Dame un abrazo y vete; necesito reponerme y meditar; vuelve mañana.

Las dos jóvenes se abrazaron de nuevo estrechamente y Celia salió de allí aún más desgraciada que antes.

Anita oprimió con ambas manos su corazón, como si temiera que saltase.

— ¡Calla, calla! — gritó; — no salgáis de ahí, bastardos sentimientos de celos y de odio, que mi voluntad os ahogará al nacer. ¡Mi amor ha muerto hoy y mi dignidad le pondrá la losa funeraria! ¡Yo no puedo amar al miserable seductor de Celia!

#### IV

Al día siguiente no quedaba de la violenta tempestad que rugía en el pecho de Anita más signo exterior que el brillo febril de la mirada y la intensa palidez del rostro. Más animada aún que de costumbre recibió á su futuro, cariñosa y expresiva como siempre. Pero su padre dijo á Enrique que había sabido de él historias pasadas, que de ser ciertas elevarían su fama de Tenorio á costa de su buen nombre de

caballero y hombre honrado, y que deseaba aplazar la boda á fin de que Anita pudiera reflexionar y decidir con acierto, para lograr lo cual, libre de toda influencia, le rogaba suspendiera por algún tiempo sus visitas.

Enrique protestó indignado.

— ¿Y tú crees esas absurdas calumnias? — preguntó luego á Anita.

— ¡Yo! — contestó con aplomo. — Teniendo tu palabra de honor, hubiera sido ofenderte. Estoy tan segura de tu pasado como de tu amor.

— ¿Y me amarás siempre?

— Todo cuanto mereces. No te apure este contra-tiempo, yo no te retiro mi palabra; será un aplazamiento, nada.

Enrique salió tambaleándose, el corazón le latía y sus sienes estallaban, porque entonces era sincero, amaba á Anita con la doble fuerza de la pasión y el interés.

No volvió á visitar á su amada, pero desde entonces se comunicaron por el balcón y por escrito.

Enrique se desesperaba cada día más, temiendo se le escapara la mujer encantadora y el pingüe dote, y apremiaba para poner término á aquella situación. Anita calmaba su impaciencia prometiéndole aprovechar la primera ocasión favorable.

Ésta no tardó en presentarse. Anita le escribió:

«La circunstancia de aproximarse el Carnaval nos es muy favorable, y pienso aprovecharla, Enrique mío.

Mañana es el baile de «Escritores y Artistas» en el Real; no faltes á él. Allí resolveremos nuestra suerte futura. Mi doncella y yo llevaremos capuchones de seda negra con lazos blancos. Hasta mañana.»

Enrique se consideró feliz, besó muchas veces el amoroso billete y bendijo otras tantas la resolución de su amada.

La noche designada, apenas eran las doce cuando ya se paseaba vestido de rigurosa etiqueta por el soberbio salón del teatro Real, sin fijarse en el brillante aspecto que ofrecía, deslumbrador de luces, de lujo, de animación y alegría, sin ver nada.

Se abrió paso con trabajo por entre la apiñada y elegante concurrencia, buscando ansioso sus dominós de negro con blanco sin encontrarlos.

Cuando empezaba á darse á todos los diablos divisó á lo lejos dos máscaras exactamente iguales, cubiertas de elegantes capuchones de seda negros y anchas cintas, caretas y guantes blancos.

Se lanzó hacia ellas con la posible celeridad, dando empellones, que le valieron duros apóstrofes, y una vez ante las que con tanto afán buscaba, se detuvo confuso. ¿Cuál de ellas era Anita?

Una de las máscaras dejó en seguida el brazo de su compañera y se asió al suyo, diciendo con su voz natural:

— Gracias á Dios que te encontramos, Enrique.

— ¡Oh! ¡Gracias, gracias, Anita mía! — exclamó oprimiendo su brazo con pasión. — ¡Qué feliz me haces!

— ¡Calla, imprudente! — interrumpió ella en voz baja, pero siempre sin fingirla. — ¿No ves que aquí todo se oye?

— Pues vámonos á otra parte, á un gabinete reservado, donde cenaremos tranquila y alegremente.

— A cenar, bueno, y sobre todo donde podamos hablar; pero no á gabinete reservado. Vamos al salón del *restaurant*.

— Vamos donde quieras — dijo con un gesto de desagrado.

La acompañante de Anita los siguió un instante, y luego se perdió entre la gente.

Sentados á la mesa más apartada del concurrido *restaurant*, mientras Enrique comía y bebía con excelente apetito, Anita, que no se había quitado la careta ni tocaba apenas los manjares, habló así:

— Convencida como tú, mi querido Enrique, de que la situación en que estamos no puede prolongarse más, he decidido ponerle el término natural, y todo está dispuesto para realizar nuestros deseos.

— ¿Cuándo y cómo, Anita mía? — preguntó ansioso.

— ¿Cuándo?... Esta misma noche.

Enrique hizo un movimiento de alegría.

— ¿Cómo? Vas á saberlo. Tengo tomado, amueblado y dispuesto un bonito cuarto en la calle del Arrenal, que será nuestra residencia futura, y donde nos aguardan un sacerdote y tres testigos, todos antiguos amigos de mi familia y fanáticos en su cariño hacia mí.

— ¡Alma de mi alma! — exclamó besando con pasión las manos de Anita. — ¡Qué agradable sorpresa! Me vuelves loco de alegría. Vamos en seguida.

— Aguarda, que aún no es la hora.

— Brindemos entretanto por nuestra completa dicha, por nuestro eterno amor, con manzanilla, el dorado licor que enciende la sangre.

— No — dijo ella quitándole la botella, — la manzanilla perturba el cerebro. Brindemos con *champagne*, que es el licor de la alegría; anima y no embriaga.

— Tienes mil veces razón; ¡viva la alegría!

— ¡Y viva nuestro amor!

Los dos chocaron las copas llenas del espumoso néctar una y otra vez y muchas más, con la diferencia de que Anita apenas la llevaba á sus labios, mientras Enrique la apuraba entera.

Con la doble embriaguez del *champagne* y el amor, el arrogante calavera, el seductor de Celia, se creía transportado al paraíso; con los ojos chispeantes vela tras un rosado nimbo sonreírle los lindos rostros de todas las mujeres que había amado, y entre ellas destacarse gentil y graciosa á Anita, ofreciéndole con su mano el vellocino de oro.

Por fin Anita se levantó. Los dos cogidos del brazo, ella tranquila al parecer y él radiante de alegría, gozoso y triunfante, atravesaron de nuevo el salón de baile y subieron al coche de la hermosa joven, donde los esperaba muellemente recostada la segunda máscara de capuchón negro y blanco.

## V

Cinco minutos después se apeaban los tres en la calle del Arenal y subían á la elegante habitación, decorada por Anita con tanta sencillez como buen gusto y confort. En el gabinete habían improvisado una bonita capilla adornada con flores, y en ella aguardaban un sacerdote y tres caballeros, con las luces encendidas y los almohadones en su sitio.

— Fuera esa importuna careta que me impide ver el sol de mi vida — había dicho Enrique al entrar en la sala.

— Más tarde. Ahora me importa llevarla.

— ¿Por qué?

— Luego te lo diré.

Las dos máscaras hablaron un instante con el sacerdote, arreglaron los últimos detalles y todos se arrodillaron. Junto á la novia, la del capuchón como madrina; junto al novio, uno de los caballeros oficiando de padrino, y los otros dos como testigos.

Enrique continuaba entregado á sus alegres ideas y dirigía chistes picantes á su padrino, que en voz baja lo animaba y excitaba con oportuno gracejo, y de todas las frases de ritual sólo oyó pronunciar al sacerdote las que le interesaban, contestando con un «sí quiero,» rápido y sonoro.

El sí de la novia fué trémulo y apagado, y después de la larga consabida epístola, á la que el novio pres-

tó tanta atención como á lo anterior, el párroco les dedicó una sentida plática, recomendándoles el mutuo amor y la fidelidad á sus respectivos deberes.

Durante la ceremonia, Enrique hizo varias veces ademán de quitar á la novia el antifaz; pero siempre fué contenido por el padrino, que le decía:

— ¡Dejad á cada cual con su capricho!

Terminado el desposorio, las dos mujeres se abrazaron con tierna efusión.

Los hombres estrecharon la mano de Enrique, y todos se alejaron.

La joven enmascarada que iba la última, al atravesar la segunda puerta, volvió hacia la sala su mirada acerada y sarcástica, y dijo entre nerviosa y risueña:

— ¡Has encontrado la horma de tu zapato, mi bello Tenorio! ¡Esta vez no serás tú quien ría el último!

Los novios habían quedado frente á frente, ella inmóvil como una estatua, él contemplándola amoroso.

Ebrio de felicidad, alargó la mano para quitar delicadamente la careta á la que ya era su esposa; pero ésta hizo un brusco movimiento y con rápido ademán se despojó de la careta y el capuchón, apareciendo la rubia Celia, elegantemente vestida de negro; la blancura mate de su rostro resaltaba sobre el negro vestido, que la embellecía infinito.

Enrique lanzó una exclamación de asombro y retrocedió hasta la pared. Por un instante no pudo hablar; contemplaba rojo de rabia aquella extraña aparición que surgía del pasado, como evocada por un

mago, y clavando sus uñas crispadas en el respaldo de una butaca, articuló con voz ronca:

— ¿Qué significa esto, señora?

— Sencillamente, que acaba usted de aceptarme por esposa y darme su nombre.

— ¿Quiere usted burlarse de mí?

— Nada más lejos de mi ánimo — repuso con calma.

— Yo no puedo haber hecho á usted mi esposa no habiéndola visto.

— El sacerdote ha pronunciado mi nombre y apellido con todas las formalidades debidas al hacer á usted la pregunta, y usted ha contestado clara y terminantemente.

Enrique empezaba á comprender con terror. Sus uñas se clavaban cada vez más en la mullida tela.

— ¿Cómo ha podido Anita hacerse cómplice de esta infame intriga? — exclamó.

— Cómplice, no; ha sido la única autora, y yo sólo su auxiliar. Anita, mi hermana del alma, que no perdona la traición ni la mentira, lo desprecia á usted y ha querido reparar en lo posible una de sus malas acciones, vengando al mismo tiempo á las víctimas de sus caprichos. Esta vez le ha salido á usted mal la jugada. Ahora no se trata de una niña inocente, sino de una mujer enérgica que lo condena á usted al suplicio de unir su suerte á la de una de sus víctimas y á renunciar para siempre á sus sueños de ambición. Si un día ama usted de veras, podrá ofrecer su amor á la mujer amada como á la pobre niña que sedujo, pero no ha-

cerla su esposa. Anita lo ha querido, está usted castigado.

Celia se expresaba con dulce entonación, tranquila y severa. Enrique la escuchaba en silencio, y á su pesar se sentía impresionado por aquella voz armoniosa.

¿Era que las palabras de Celia llegaban al corazón del hombre, ó que la belleza de la mujer en todo su esplendor fascinaba al *amateur*? ¡Quién lo sabe!

Hizo un esfuerzo para sustraerse á aquella impresión, y dijo fríamente:

— Está bien, señora, me resigno porque no me conviene entablar un pleito escandaloso que perjudicaría mis intereses. Pero...

— Entre nosotros no puede haber nada de común — interrumpió Celia. — Se lo iba á decir á usted. Cumplido, aunque contra su voluntad, el acto de justicia de reparar el crimen cometido, tengo de usted lo único que quería, su nombre, que tantas veces me juró darme. Ni deseo ni aceptaría nada más.

La cólera de Enrique se había ido desvaneciendo, y quedó asombrado ante aquella firme altivez que no esperaba.

— ¿Tanto me odia usted? — murmuró en voz baja.

— Me es usted indiferente — contestó ella, haciendo un gesto desdeñoso.

Enrique se sintió profundamente herido en su vanidad de galán afortunado, y no menos orgulloso que Celia, avanzó lentamente, le hizo un profundo saludo y salió de la habitación.

Un instante después volvía sorprendido, pero no irritado, diciendo:

— La puerta que va á la escalera está cerrada con llave.

Celia palideció intensamente.

— ¡Oh, Anita! — exclamó. — ¡Qué fatal idea!

Enrique comprendió, por la sorpresa y el pesar de la joven, que no era cómplice de aquélla.

— Ya ve usted que no es culpa mía si la molesto con mi presencia.

Celia le señaló el balcón.

— ¡Oh! ¡Un piso segundo!

— ¡Es verdad!

Celia se dejó caer sobre un diván y ocultó el rostro entre sus manos por no ver á Enrique.

.....  
 ¿Se reconciliaron en aquella noche de mutua prisión? Del fuego siempre quedan rescoldos prontos á incendiarse. ¡Y luego, el *champagne* seguía retozando de las venas al cerebro de Enrique, y era Celia tan bonita!



Mi hermosura me hará triunfar

## BLANCA

Blanca era una preciosa niña de rostro perfecto, de encantadora figura, de hermosura, en fin, tan irreprochable y completa cual jamás la mente más creadora pudo soñar la física perfección.

Como acabado tipo de la suprema belleza, Blanca era admirable; pero la pobre niña tenía un defecto, casi siempre anexo á la arrebatadora hermosura, que sus encantos obscurecía: enamorada de sí misma, el mundo le parecía pequeño para darle admiradores; creía á todas las criaturas nacidas para adorar sus encantos, y rendía ciego culto á un ídolo que veneraba: su hermosura.